

Remolino de sueños

Karina Miñano



La historia de este libro y sus personajes son de ficción, producto de la imaginación de la autora, quien se ha inspirado en algunos acontecimientos y lugares reales.

La coincidencia con la realidad es pura casualidad.

Capítulo 1

Perdida y sofocada, Latifah deambulaba sin rumbo hacia las afueras del campamento, a ese lugar al que solo se llegaba a través de casas abandonadas, habitadas por ratas y basura, donde sus calles olían a mierda y a olvido. Buscaba, con desesperación, un respiro de la miseria y orfandad en la que vivía desde hacía un par de días. A pocos metros y a pesar de la luz intensa del sol de la tarde, vio la silueta borrosa de una niña sentada en el suelo que sostenía a un niño más pequeño entre sus brazos. Mientras se acercaba, un llanto desconsolado le penetraba los oídos y una opresión le cerraba la garganta. Se sacó el burka para respirar mejor, aun cuando el polvo la envolvía. Despacio y con cuidado, se sentó al lado de la niña. Al darse cuenta de la mirada dolorosa de aquella pequeña, sucia y maloliente, las lágrimas se escaparon de sus ojos. Ansiosa, miró alrededor, pero no había nadie. Luego, rodeado por esos brazos infantiles, se fijó en el otro niño. Era casi un bebé que parecía dormir sin sobresaltos. Latifah se apuró en meter la mano en uno de sus bolsillos y apretó con fuerza al muñeco de trapo que siempre llevaba consigo. No se dio cuenta de que a poca distancia eran observadas desde las grietas de casas

hechas de cartón y latón destartado, en las que se escondía una manada de olvidados. Miró a la pequeña y un nudo doloroso se formó en su garganta al percibir el desamparo, el mismo que la envolvió cuando supo que sus padres habían muerto. La niña estaba sentada sobre el suelo irregular y polvoriento, donde ya no había más barracas ni callejuelas. Era el límite del campamento, la frontera que separaba a los afganos de los pakistaníes. Los blandos rayos de sol iluminaban su rostro y el del pequeño, que parecía dormir. Había escombros y piedras alrededor, a lo lejos una carretera y un grupo de hombres jugaba al fútbol sin percatarse de la niña con un niño más pequeño en brazos ni de la mujer sentada a su lado. Latifah no quería asustarla ni hacer que huyera. Buscaba palabras en su cabeza, y cada vez que quería decirle algo abría y cerraba los labios al saborear la sequedad de su boca. En ese momento, tenía una inmensa necesidad de abrazarla, llenarla de besos y de protegerla. Sin embargo, sentada a su lado no podía moverse.

El nudo en la garganta, la respiración agitada, la presión en el pecho y el sudor de sus manos no la dejaban pensar bien. Buscó la mirada de la niña, pero ella lloraba con los ojos en el horizonte hacia esos hombres que corrían detrás de una pelota. Latifah también lloraba sin poder tocarla todavía. En tanto, el viento se arremolinaba y las confundía en polvo. En un nuevo intento, Latifah extendió su mano para acariciarle el cabello áspero, y con mucho esfuerzo logró suavizar la dureza de su garganta y le susurró:

—Aquí estoy, no estás sola.

Acarició su rostro, curtido y seco, e intentó secarle las lágrimas. Después tocó la cabeza del niño y una terrible sensación de frío le recorrió el cuerpo. No dormía, estaba muerto. La manada dejó su escondite y apareció detrás de ellas. Eran niñas y niños huérfanos, zarrapastrosos, hambrientos y malolientes. En un silencio que les

unía y consolaba a la vez, se acercaron a la pequeña sin importarle la presencia de Latifah. Solo el viento del atardecer era capaz de romper aquella calma, arrojándolos en remolinos de tierra; entretanto, a lo lejos se escuchaban gritos de gol.

La presencia de ese grupo la perturbó tanto que no sabía qué hacer. «De dónde salieron tantos niños, sucios, malnutridos», pensó. Y no pudo evitar romper en un llanto ahogado ante lo que veía, la cruda realidad de los refugiados afganos ya era de por sí una verdad dolorosa, pero el abandono y el olvido de esos pequeños, por su propia gente, la golpeó con tósigo. La incertidumbre, mezclada con el calor y el desasosiego de no saber qué hacer con ellos, iba en aumento. Sudaba debajo de su nueva vestimenta y su visión era cada vez más borrosa. Abrazó a la niña con miedo, miedo de que escapara o de que no la aceptara, mas se dejó abrazar y por fin Latifah soltó con fuerza el llanto reprimido en su pecho. Un remolino de arena se levantó frente a ellas casi de inmediato, a lo lejos la cancha de fútbol estaba ya vacía. De pronto, Latifah vio a un hombre que parecía salir del remolino y se acercaba despacio. Asustada, apretó a la niña contra su cuerpo. En vano, parpadeó varias veces para quitar el velo que opacaba su visión. Sin comprenderlo, ese hombre, que se acercaba cada vez más, le producía una sensación de calma. Ya no era miedo, sino alivio y curiosidad. Era consciente de que solo ella veía a ese hombre, pues los niños no se inmutaron. En eso, escuchó una voz familiar, abrigadora: «Latifah, Latifah, compasión y amor son nada sin salud y sin educación». Era la voz de su padre en la figura de un hombre que no recordaba. Habían pasado muchos años desde la última vez que lo vio con vida, tantos que no reconocía su porte ni su rostro. Pero su voz no la olvidaría jamás. Fue entonces que Latifah encontró la respuesta que buscaba. Se giró a mirar a los niños, supo que ninguno de ellos había escogido su suerte y que ella podía cambiarla. Sí, era Alá, que por fin respondía a su pregunta. No tendría otra misión que llevar educación a los niños y niñas del campamento. Comprendió que la enseñanza

le dio mucho, le cambió la vida, le dio confianza, estatus y capacidad de decisión. Al darse cuenta de todo esto, su corazón saltó de alegría en medio del dolor. No sabía cómo todavía, pero entre el sufrimiento y el abandono en que vio a esos niños entendió su propósito en la vida.

No podían quedarse allí, el sol pronto se ocultaría y el pequeño debía ser enterrado. Latifah recordó que nunca había visto un entierro musulmán, ni siquiera el de sus padres. Los años en Occidente la habían alejado de las costumbres. Hacía apenas una semana que llegó a Munda¹ con el propósito de reconectarse con sus raíces. Se levantó con cautela, le dijo a la niña que debía regresar al campamento y que llevaría al pequeño para que fuera enterrado según la tradición. Miró hacia las barracas y chabolas, y confió en su memoria para recordar el camino. Tomó el cuerpo de la criatura en un brazo y cogió la mano de la pequeña, que parecía conocer el camino de regreso. «¿Cuántas veces habría estado cerca de su propia gente sin que la notaran?», pensó. Se volvió a ver a los niños, un rebaño unido que caminaba detrás de ellas en silencio en tanto el viento atenuaba.

La imagen de su padre emergiendo de esa tolvenera la acompañó durante el retorno. El deseo de ayudar a los niños del campamento tomaba forma en su cabeza y se volvía más intenso a cada paso. «Mi padre tiene razón, sé que puedo hacerlo», pensó, y sin darse cuenta sonrió. Miró con ternura a esa niña abandonada y devastada por la muerte de ese bebe. «¿Es su hermano? ¿Qué será de su vida ahora que ya no hay una razón para continuar? ¿Quién velará por ella? ¿Cómo entierran a sus muertos los refugiados? ¿Seguirán la tradición? Pero este pequeño, ¿quién es?, ¿quiénes son sus padres?, ¿quién lavará y purificará su cuerpecito?», se preguntó Latifah. La niña había dejado de llorar. Todavía, cogida de su mano, los guiaba a todos hacia el refugio.

¹ Primer campamento de refugiados afganos en el norte de Pakistán.

Latifah sentía que el brazo, con el que cargaba aquel cuerpo sin vida, se empezaba a adormecer. La gente salía de sus precarias casas, y miraba con asombro y curiosidad a la procesión maloliente.

—¡Latifah! ¡Latifah! —gritó a su encuentro Sakina, una joven ex profesora de inglés, entusiasmada con su llegada al campamento.

—Sakina, ¡ayúdame! Este niño está muerto y no sé quiénes son sus padres.

—¿Dónde lo has encontrado? ¿Quiénes son todos estos niños? ¿De dónde han salido? —preguntaba mientras los miraba y abría los ojos de par en par. Luego tomó en brazos el cuerpo exánime del niño—. Tenemos que llamar a un mulá. Abdul, corre, llama a Mustafá. ¡Corre, corre! —apremió a uno de sus hermanos.

Cuando Abdul se alejó, Sakina miró al cielo para confirmar que el atardecer había pasado.

—Vamos a mi casa —se apresuró la muchacha.

Latifah siguió a Sakina sin soltar la mano de la niña, junto con ellas iban los niños olvidados por su gente. Nadie los conocía o nadie quería reconocerlos.

Ambas, Sakina y Latifah, se sentaron junto a otras mujeres, luego de la confusión que reinó cuando llegaron los hombres más viejos del campamento para tomar decisiones sobre el niño muerto. No sabían, tampoco sospechaban, de la existencia de aquellos niños. Verlos entrar sucios, sin zapatos, más miserables que todos los demás fue un espectáculo triste que no solo les dolía en el orgullo, sino también en el corazón.

—Mohamed Mustafá es el mulá más antiguo de Munda, es uno de los que llegaron primero al campamento escapando de la invasión soviética —susurró Sakina al oído de Latifah.

A la casa de la ex profesora de inglés llegaron poco a poco los más viejos y, por lo tanto, los más sabios del refugio. Salir de

sus casas después del atardecer era un esfuerzo enorme, ya que muchos de ellos tenían dificultades para ver en la oscuridad, además del miedo a los ataques clandestinos. Pero la responsabilidad del hombre afgano prevalecía ante cualquier circunstancia. Por eso, cuando los más viejos entre los viejos estuvieron por fin reunidos, decidieron que lo primero que debían discutir era el lavado del cuerpo del muerto.

Mustafá se acercó a la pequeña y le preguntó si tenía familia, si sus padres eran afganos, si vivía en el campamento. Fueron demasiadas preguntas para una niña asustada que miraba al suelo encogida de hombros pegada a la falda de la doctora Latifah. Y ella extendía sus brazos para proteger a todos los niños de la manada que no se separaban ni un instante de la pequeña. La doctora, al verla tan indefensa, se detuvo por fin a observarla. Tenía los ojos grandes y unas pestañas larguísimas llenas de legañas secas, los labios partidos y resecos por el sol, el vestido rasgado y sucio, olía a una combinación de polvo y orines. Pensó que su cabello debía de ser largo detrás de esa maraña. Y de nuevo, esa sensación de angustia provocó que la abrazara. Sin darse cuenta, el amor por esa niña había empezado a germinar en su corazón.

Mustafá, antes de darse por vencido, se volvió a mirar a los niños, y uno a uno les repitió las preguntas. Ninguno respondió, todos con las cabezas agachadas, pegados hombro a hombro, asustados ante la cercanía de ese hombre barbudo que llevaba un bastón en la mano. Cuando llegó el momento de la purificación, solo podían estar los más viejos, indecisos sobre quién haría el lavado. Algunos creyeron que la niña era la hermana mayor y, por lo tanto, la única pariente, debería ser ella la que lavara el cuerpo. Pero descartaron la idea de inmediato. Solo una persona del mismo sexo del fallecido debería limpiarlo.

—Una niña no puede lavar a otro niño. No tiene experiencia. Además, es mujer y está muy sucia —gritaba uno de los viejos.

—Pero no sabemos quiénes son. Tampoco tenemos la seguridad de que sean afganos. ¿Por qué esa mujer los ha traído al campamento? —refunfuñaba otro.

—¡Y apestan, están sucios, no se pueden quedar! ¿Quién cuidará de ellos? Ya tenemos nuestras propias familias y todas tienen hambre —se quejaban algunos.

Por fin, Mustafá se puso en pie y dijo:

—Es un hijo de Alá. Yo lavaré su cuerpo.

Mustafá no era solo el mulá más viejo entre los mulás, sino que era uno de los más viejos entre los viejos, y solo ellos estaban autorizados a tomar decisiones que afectarían a todos los habitantes del campamento. Cuando los hombres escucharon a su mulá hablar con calma y decisión, se quedaron callados, le tenían mucho respeto. Lo que Mustafá decía se hacía. «Tanta miseria nos ha hecho olvidar la compasión», pensó al tomar el bidón con el agua de rosas para lavar el cuerpo del bebé. Enseguida, le pidió a Latifah que saliera y que sacara a los niños de la habitación, que en el momento de la purificación solo él podía estar presente. Con un poco de esfuerzo, Sakina y Latifah llevaron a la niña al cuarto contiguo y los demás niños se movieron con ella.

Varias de las mujeres lograron juntar algodón y telas blancas para el amortajamiento del cuerpo. La casa de Sakina, como la de la mayoría de los refugiados, tenía dos habitaciones. En la más grande las mujeres lloraban por el muerto, y en la más pequeña los hombres junto al cuerpo amortajado. Sakina, sentada al costado de la doctora Latifah, le susurraba quién era quién. La doctora se ponía de nuevo el burka y se preguntaba si alguna de ellas sería la madre del muerto. No sería algo común en Medio Oriente abandonar a los hijos, pero la pobreza y la inseguridad hacen actuar a los humanos de maneras insospechadas. En Baltimore, donde Latifah vivía y trabajaba, se veía con frecuencia a pobres madres inmigrantes dejar a sus hijos enfermos y a su suerte dentro de

algún hospital. Miraba con atención a esas mujeres e intentaba descubrir si alguna sentía verdadero dolor cuando su mirada se cruzó con la de Fátima, una mujer baja de ojos grandes y saltones, de labios finos, que no llevaba burka y cubría su cabello con un hiyab.² Tampoco lloraba ni miraba al suelo en señal de respeto. Latifah la reconoció enseguida, pues casi todas las mujeres se apartaban de ella cuando la cruzaban por las calles, todas, excepto Fátima.

La noche era ya muy profunda cuando el silencio cayó, solo interrumpido por el ruido de los vientos que venían del desierto, y por los ronquidos de los hombres que no consiguieron mantenerse despiertos. Latifah no podía dormir, recordaba cada detalle que sus hermanos le contaron sobre el entierro de sus padres. Se lamentó por semanas a pesar de la recomendación de su religión de no llorar por los muertos. Todavía le dolía no haber visto a sus padres desde que salió de Afganistán para ir a estudiar a Occidente. Nunca más pudo regresar, primero porque los rusos invadieron su país y después por las luchas internas por el poder, y, en ese momento, porque un grupo armado e insurgente se apoderaba de muchas regiones instaurando una despiadada *sharía*.³ Pidió a Alá por el alma de sus padres, luego miró a la niña que encontró en el descampado y a los niños que parecían dormir cómodos entre los cojines que Sakina colocó para ellos. «Claro, debe de ser mejor que dormir a la intemperie y sobre la dureza del suelo», pensó.

Latifah estaba cansada también, pero sentada nunca pudo dormir. Las demás mujeres frente a ella, todas vestidas de negro, algunas dormían, unas tenían la vista clavada al suelo y otras su-

² Velo que cubre la cabeza y pecho que suelen usar las mujeres musulmanas.

³ Ley religiosa islámica reguladora de todos los aspectos públicos y privados de la vida, y cuyo seguimiento se considera que conduce a la salvación.

surraban veloces para evitar ser escuchadas. Por momentos creía que cruzaban miradas a través de las rejillas de los burkas. Solo Sakina y un par de mujeres que eran de Kabul estaban sentadas al lado de ella. A pesar del viento fresco que entraba por debajo de la puerta, Latifah no soportaba estar toda cubierta. Sufría de calores repentinos. Notó que desde que llegó al campamento no se había vuelto a maquillar, por primera vez en muchos años olvidó hacerse el delineado que hacía sus ojos más grandes y almendrados. Tampoco colocó brillo sobre sus labios delgados que enmarcaban una sonrisa perfecta. Esos rasgos la hicieron muy popular entre los chicos de la universidad donde estudió Medicina. Aunque sus ojos eran vivaces, lo que nunca le gustó fue su nariz puntiaguda, evitaba mirarla cuando estaba frente al espejo, pero allí en ese campamento, en ese pequeño Afganistán como ella lo llamaba, no había tiempo para mirarse a los espejos ni motivo para maquillarse. Y cuando no pudo soportar más el calor, se sacó el burka y solo dejó el hiyab, que cubría su cabeza ocultando su cabello negro. Por fin era libre de la sofocación física y emocional que la vestimenta le causaba. Nunca la había usado, ni siquiera cuando vivía en Afganistán, sabía que con la llegada del grupo insurgente a su país el uso del burka se convirtió en obligatorio. «¿Por qué esas mujeres todavía lo llevan en el campamento? Tal vez no tienen otra cosa que usar. ¿Cómo pueden reconocerse por la calle? Y, si alguno de sus hijos se pierde, ¿cómo reconocerá a su madre? ¿Será que el uso obligatorio está extendido también en los campamentos? No es posible. Los insurgentes no tienen brazos en esta área. ¿O sí los tienen?», se preguntó. De pronto, el alboroto de los niños lanzándose sobre la comida como animales famélicos interrumpió sus pensamientos. Antes del amanecer, Fátima y otras dos mujeres habían logrado juntar unos cuantos panes, semillas y frutos secos; no era mucho, pero fue lo que los vecinos pudieron donar sin que les afectase su

cuota semanal. Nadie se atrevió a tocar nada de esas bandejas y dejaron que los niños comieran hasta saciarse. Desde una esquina Mustafá, perplejo, observaba a los niños devorar los panes y llevarse las semillas a la boca a manos llenas. «¿Cómo es posible que no supiéramos de la existencia de esos pequeños?, ¿dónde viven?, ¿quiénes son sus padres?, ¿qué haremos con ellos? ¿Por qué esa mujer extranjera los ha traído al campamento? ¿Quién es esa mujer que dice ser doctora y afgana? ¿Qué me quieres decir, Alá misericordioso?», se preguntaba mientras los demás empezaban a despertar; cuando de repente, escuchó la voz de una mujer.

—Mustafá, mulá, disculpe por cortar sus pensamientos, ¿podemos conversar?

Era Latifah, sacándolo de sus reflexiones, lo que fue mal visto por los hombres allí presentes. Algunos murmuraban y las mujeres empezaron a decir cosas que ella no entendía. Atreverse a cruzar el cuarto, dirigirse a un mulá como si fuera un hombre y llamarlo por su nombre. Una mujer afgana jamás haría tal cosa. El respeto al mulá, y más aún si es viejo, es primordial. Si una mujer quiere hablar con uno, debería pedir primero la ayuda de un hombre pariente suyo, y si esto no es posible, debería pedir permiso para hablarle de frente. Latifah no lo sabía o lo había olvidado, la urgencia que sentía le hizo actuar casi por impulso. Y, a pesar de la osadía, algunas de las mujeres la miraban con admiración, entre ellas Fátima. «Son los aires de Occidente que ha traído esa forastera al campamento y nos quiere contagiar su comportamiento libertino», pensaban las más conservadoras. Eran mujeres del interior de Afganistán que habían vivido en la más absoluta obediencia y sumisión. Para ellas, Latifah era solo una extranjera.

—Después del entierro —contestó Mustafá sin mirarla y con el rostro de piedra.

Todavía faltaban algunas horas antes del primer llamado del muecín, y hombres y mujeres ya estaban listos para caminar en procesión al cementerio.

—¿Dónde entierran a los muertos, Sakina? ¿En un cementerio pakistaní? —preguntó Latifah.

—No, no está permitido. Los primeros afganos que llegaron a Munda dejaron libre parte del terreno a un extremo del campamento. Allí los enterramos. Este es el primer entierro al que asisto desde que vivo aquí, ya casi un año —susurró la muchacha.

Caminaron en la penumbra rumbo al este, por más de una hora, desde el centro hasta el lugar de reposo de los muertos. Munda con sus veintiún kilómetros cuadrados era el campamento más grande de refugiados afganos en Pakistán, y albergaba a más de doce mil personas. Latifah caminaba entre las mujeres detrás de los hombres, a su paso observaba que algunas casas estaban hechas de ladrillos, muy diferentes a la parte en donde ella vivía con Sakina. A lo largo del camino, algunos mulás jóvenes se acercaron a saludar con veneración a Mustafá y otros se unieron a la procesión. Dos voluntarios llevaban a hombros el improvisado charpayi⁴ sobre el que habían puesto el cuerpo amortajado. Cuando llegaron al lugar indicado, otros dos voluntarios cavaron un pozo de un metro ochenta de profundidad. Uno de los mulás se encargó de hacer la medición para que no se cavara ni menos ni más. Latifah jamás había visto un entierro musulmán, estaba fascinada por la precisión y el seguimiento estricto de las costumbres. Pensó en sus padres una vez más y de nuevo una tristeza mezclada con rabia e impotencia la inundó. De inmediato, metió la mano en su bolsillo y apretó el pequeño muñeco de trapo que no dejaba nunca. El cielo empezaba a despejarse cuando los hombres terminaron de cavar. Dejaron las herramientas a un lado y prestaron atención a su mulá.

⁴ También conocido como charpai, es un catre portátil hecho de cuerdas extendidas en un marco de madera.

—Venimos de Alá y a Alá retornamos —pronunció Mustafá, empezando con esa frase el rezo de los muertos y la lectura del Corán.

El llamado del muecín se escuchó a lo lejos justo cuando terminó la ceremonia y el cuerpo envuelto en telas blancas cayó al pozo, cuidando de que la cara del fallecido mirase en dirección a La Meca. De repente, Latifah recordó que los musulmanes no colocan a los muertos en ataúdes como lo hacen en Occidente. Tantos años viviendo en otra cultura le hicieron olvidar detalles de la suya.

El entierro era cosa de hombres, las mujeres y los niños no estaban permitidos, pero todos vivían una situación especial, que hacía que los más viejos y las más conservadoras aflojaran un poco la rigidez de ciertos hábitos. Cuando los dos voluntarios terminaron de colocar la tierra sobre el cuerpo y ya no había nada más que hacer allí, la niña soltó la mano de Latifah, y se alejó sin decir palabra y con la manada en silencio detrás de ella. La doctora quiso evitar que se fueran, pero no pudo. Esos niños tomaban sus propias decisiones, estaban curtidos por una vida que no habían escogido, se habían acostumbrado a pedir dinero en las carreteras, a correr con libertad, a comer cuando fuera posible y a dormir en cualquier lugar. Ni Latifah ni los demás sabían que muchos habían sido maltratados y violados por traficantes de drogas que acechaban en las calles, y que incluso habían perdido el habla producto de los traumas. No confiaban en los adultos y vivían de lo que podían conseguir. Sus padres murieron en el largo camino de Afganistán a Munda, o durante algún ataque perpetrado por las bases del grupo armado.

Latifah nos veía alejarnos y creía saber dónde encontrarnos.

Capítulo 2

En la oscuridad parecía que el tiempo se hacía más largo. Y solo se escuchaba el ruido del viento que golpeaba las puertas sin compasión. Las primeras noches de Latifah fueron interminables. Le costaba conciliar el sueño y le daba envidia ver dormir a Sakina. Una noche despertó con el pecho oprimido, enfurecida por la impotencia de no poder encontrar a la manada. Desde el día del entierro, no había hecho otra cosa que buscar a esos niños con la única compañía de sus pensamientos. La gente del campamento no comprendía cómo esa mujer caminaba sola sin importarles los peligros. Sakina le había contado de los ataques a mujeres y niñas, y de la vergüenza que esto les producía. Varias veces se ofreció a organizar un grupo de mujeres para ir con ella, pero Latifah rechazaba la oferta, le gustaba pasear en solitario para organizar sus ideas y encontrar la manera de conseguir el apoyo del mulá más viejo del refugio. Los niños de la manada regresaban cada noche en sus sueños y eran ellos los que la mantenían con la esperanza de realizar su proyecto. Además, cuando veía a las mujeres sentadas en las puertas de sus precarias casas, sin hacer nada y rodeadas de niños, se le retorcía el estómago al compararlas con su suerte en

Occidente. Una suerte llena de seguridad y de oportunidades. Su idea de construir un futuro para las niñas se fortaleció y empezó a delinear un plan para crear escuelas. Esa noche, Alá le había hablado en sueños y decidida se levantó a esperar el amanecer para hablar con Mustafá.

La conversación con el mulá fue casi un monólogo. Era la primera vez que él estaba a solas con una mujer. Dejó la puerta abierta de la casa de Sakina para evitar comentarios. Los viejos no entendían por qué Mustafá aceptaba hablar con una mujer de costumbres extrañas. Pero era su mulá, el más viejo y el más sabio. Nunca se sabía lo que pensaba. Su rostro mantenía una expresión seria ante cualquier circunstancia y parecía escudriñar con la mirada a quien le hablaba. Llevaba siempre un turbante blanco como señal de su estatus, un abrigo largo con mangas y botones parecido al de una sotana, y una capa marrón. Sus movimientos eran lentos por la falta de sueño y por todos los años que llevaba consigo. Mustafá pensaba mucho en los designios de Alá, y eso lo desvelaba.

—Vine sin saber qué iba a encontrar. Desde que salí de nuestro país, no vi a mis padres nunca más. Me fui para estudiar y me convertí en médica cirujana. Pero mi corazón, Mustafá, mi corazón siempre estuvo en Afganistán. No sabe las noches que lloré y sufrí por no saber nada de mi familia cuando los rusos invadieron y luego todas esas guerras internas...

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me cuentas todas esas cosas? —interrumpió el mulá.

Latifah, que contenía la respiración, bajó la mirada, tomó aire y continuó:

—Necesito que me ayude. Quiero dar a las niñas y a esas mujeres un motivo para vivir, pero sin usted será imposible. Ayúdeme a ayudarlas.

—Tener vida es ya un motivo para vivir —sentenció sin mirarle a la cara.

—¿Lo cree usted? He observado a esas mujeres durante todos estos días y lo único que hacen es esperar a que el día se haga noche, sin nada que hacer, sin nada que leer, sin nada que decirse las unas a las otras —tomó aire de nuevo—, ¿qué futuro tienen aquí? Pakistán no es el paraíso, pero podríamos aprovechar que la *sharía* no se aplica como en nuestro país. Además, hay más mujeres que hombres y los niños no van a la escuela —expresó Latifah, e intentó mantener la voz neutral y en calma. Sin embargo, en su mirada había súplica, pero también decisión.

—¿Por qué quieres apoyarlas? Ellas no son nada tuyo. Y yo no sé cómo ayudarte, yo soy solo un mulá —expuso eso, e hizo ademán de irse.

—Quiero formar escuelas y quiero que usted sea profesor, el primer profesor —dijo con determinación, lo que detuvo a Mustafá en la puerta de salida—. Sé que hay gente que ha estudiado, que tiene instrucción, como Sakina, por ejemplo. Comenzaremos por entrenarles. Por favor, necesito que me apoye —suplicó.

—Pronto tendrás que volver a tu país.

—Mi país es donde mi gente está —replicó la doctora y se puso de pie—. Mulá, Alá me ha dado esta oportunidad. Cuando llegué, no sabía qué era lo que debía hacer. Le pedí a Alá que me diera la respuesta y me la dio. Tengo que usar mi educación como ejemplo. He tomado la decisión de dejar mi vida en Occidente para vivir aquí y traer ayuda. ¿Me ayuda, Mustafá? —rogó mientras el mulá continuaba su camino sin siquiera girarse a mirarla.

Cuando se alejaba, recordó la primera vez que la vio. La doctora Latifah había llegado junto con Manon como invitada

de su organización y deseaba conocer de cerca la situación del campamento. Manon le dijo que Latifah era afgana, de Kabul, que había viajado a Occidente a estudiar, que sus padres murieron y que sus hermanos lograron escapar para reunirse con ella. Recordó también que Sakina y su hermano Abdul participaron de esa conversación. Sakina para traducir del inglés al árabe, y Abdul para hacer de intermediario entre las mujeres y el mulá.

Manon era una holandesa de ojos azules y cabellos dorados cuya altura contrastaba con la estatura promedio de los afganos, que en general son bajos, y hacía que muchos de sus colaboradores locales se sintieran intimidados ante su tamaño, pero también por su actitud segura y su mirada penetrante. Trabajaba ya veinte años para la OIAC (Organización Internacional de Ayuda Continua) y seis en la ARA (Ayuda a Refugiados Afganos). Llegaba todos los meses para apoyar a los más de seiscientos mil acogidos en todo Pakistán, pero no era suficiente. Había muchos que no estaban empadronados y la ayuda no les llegaba. El problema más urgente que tenían era el agua. Los camiones cisterna aparecían en Munda solamente los miércoles y debían abastecer a doce mil afganos. Manon conocía muy bien la cultura y la estructura social afganas, y sabía que la habían intentado repetir en el refugio sin mucho éxito debido a la poca cantidad de hombres. Munda, como los otros campamentos, tenía más mujeres y niñas, y entre pocos mulás se repartían los deberes religiosos, políticos y de consejería.

Recordó que Latifah lo saludó con una sonrisa abierta y lo miró a sus ojos, lo que tomó como algo extraño viniendo de una afgana. Aceptaba la mirada directa de Manon, pero no le era común ver a una mujer afgana, que recién conocía, dirigirse a él como si fuera un hombre. Se acordó de que hubo un tiempo en que, en Afganistán, sobre todo en Kabul, las mujeres estudiaban, vestían faldas cortas, usaban maquillaje, y les hablaban y veían a